

El médico del tiempo de los incas y sus remedios

The Inca times physician and his cures

FRANCISCO JAVIER CAMPOS

Consultor en Psiquiatría, Servicio de Dermatología, Hospital General de México, OD, SS.

La Historia es un profeta que mira hacia atrás.

FRIEDRICH VON SCHLEGEL,
Atheneum, Berlín: I, 2, 20

Los médicos incas (Figura 1) pertenecían a la clase de los eruditos (*amauta*), quienes junto con los poetas (*barauik*) enseñaban en la escuela aristocrática Yachahuasi, en la ciudad monumental de Cuzco, magníficamente planificada por Pachacutic. Entre las leyes de los incas estaba la disposición de que los cirujanos sangradores (*sircak*) fueran muy experimentados en el uso de hierbas medicinales, es decir, *hampi-camayok* o ‘poseedores de la medicina’, cuyos conocimientos se heredaban de padres a hijos.

De la nomenclatura de las enfermedades se deduce que el diagnóstico apenas pasaba de la comprobación de los síntomas respecto de su topografía. Algunos nombres describen el aspecto exterior, por ejemplo, la ‘inspiración interrumpida’ era la neumonía y la ‘enfermedad secadora’ era probablemente la tuberculosis.

Entre los procedimientos quirúrgicos, la sangría era practicada comúnmente. La lanceta, construida con una lámina de pedernal, que a modo de martillo se hallaba engasada en un mango de madera hendido en su parte superior, se introducía en la vena mediante un golpecito, de ser posible en la vecindad de la región dolorida. Este punto, en el caso de las cefaleas, estaba en el entrecejo.

La reducción de luxaciones, la reposición de huesos fracturados, la incisión de abscesos y las suturas de las heridas eran, por supuesto, tareas del cirujano. Quizá usaron como anestésico, lo mismo que los araucanos, la solanácea *Datura ferox* (escopolamina). Las zonas fracturadas se envolvían en algas marinas o en hojas frescas de huaripuri (*Valeriana*

coarctata). Una práctica curiosa consistía en igualar los bordes de las heridas mediante hormigas picadoras a las cuales se arrancaba la cabeza.

Los bálsamos desempeñaron un importante papel en el tratamiento de heridas y úlceras. La mayoría eran resinas de leguminosas o de benjuí (incienco de Java). El llamado bálsamo del Perú más conocido (del *Myroxylon pereirae*) procede, sin embargo, de Centroamérica, mientras que el *Myroxylon perufíferum* suministra el verdadero remedio andino; el aceite de las semillas se usaba con el mismo fin.

Las aplicaciones de carne todavía sangrante de la vicuña (*Vicugna vicugna*) se empleaban en procesos inflamatorios, y la grasa del aveSTRUZ americano (*Rhea struthio*) o del cóndor (*Vultur gryphus*) se usaba en toda clase de esclerosis y tumoreaciones compactas de las extremidades. Como hemoestípticos se utilizaban sobre todo la lana de llama (*Auchenia*) y las plumas carbonizadas de aves.

Muy usado era el árbol de la pimienta: el cocimiento de sus hojas se empleaba contra las enfermedades de la piel y las úlceras crónicas, y su resina seca, como emplasto resolutivo y para acelerar la cicatrización de las heridas. Las hojas machacadas del pequeño arbusto chillca (*Baccharis lanceolata*) cerraban las lesiones recientes.

Contra las dermatosis rebeldes daba buenos resultados el jugo lechoso y acre de la *Carica papaya*, todavía verde.

Úlceras, heridas y cicatrices se cauterizaban con sulfato de cobre (piedra lipes); en el tratamiento de la sarna de las llamas se usaba una pomada de grasas animales con azufre. Para la limpieza del cabello se aplicaba una clase especial de arcilla (*chacco*). Las denominadas úlceras refractarias, entre ellas la enfermedad de los Andes (leishmaniasis americana-blastomicosis), se manejaban con sulfuro de arsénico, llamado *buañuy hampi* o ‘medicamento de la muerte’.

Muchas enfermedades de la piel y otras se achacaban al viento como portador de emanaciones de los demonios de la naturaleza, lo cual motivaba diversas ceremonias protectoras estacionales (Figura 2).

De las operaciones practicadas por los incas, la trepanación (Figura 3) es la más conocida. El eminentе Paul

CORRESPONDENCIA:

Amsterdam 21-301, Hipódromo Condesa, C.P. 06100
México, DF.
E-mail: zacfranc@yahoo.com



Figura 1. Médico junto al enfermo, pronunciando un conjuro. Museo de Etnología de Berlín.



Figura 2. La expulsión de las enfermedades durante la fiesta *situa*, en septiembre. Los guerreros, completamente armados, esgrimen hondas con proyectiles ardientes. Época del Incanato. Del manuscrito de Felipe Huamán Poma de Ayala, siglo XVII.



Figura 3. Cráneos incas trepanados.



Figura 4. El cirujano y antropólogo físico francés Paul Broca (1824-1880).



Figura 5. Cuchillo de bronce o *tumi* de las costas peruanas (*casma*). Museo de Etnología de Berlín.

Broca (Figura 4), en 1867, comprobó en un cráneo —hallado dos años antes en Cuzco por el arqueólogo estadounidense Ephraim George Squier (1821-1888)— que la horadación había sido realizada en vida. Para este procedimiento se utilizaban cuchillos de pedernal o de obsidiana; el mismo Broca reprodujo la técnica con estos elementos y necesitó para ello quince minutos. La trepanación se hacía también con un cuchillo metálico llamado *tumi* (Figura 5), al cual se imprimía un movimiento rotatorio asiéndolo por el mango, o con un punzón de cobre manejado por percusión. Los cuchillos de sílice y el *tumi* pertenecían al instrumental de cirugía general.

En varios cráneos trepanados se han encontrado prótesis oclusivas de láminas de plata y corteza de calabaza. Radiográficamente se ha demostrado en algunos casos que el paciente sobrevivió varios años a la operación craneana.

En cuanto a la significación de esta maniobra quirúrgica, aun cuando estuviera racional y médicamente indicada en traumatismos craneoencefálicos y otros padecimientos, con toda probabilidad poseía también el sentido mágico de actuar sobre un elemento del mundo mediante sus correspondencias analógicas, dentro de la creencia en el poder de la voluntad sobre las cosas, directamente o por medio de simulacros o de fórmulas.

Resumido y modificado de Dietschy H.
Actas Ciba 1938; 10: 302-312